

seis meses. Pero esta opinion podria ser errónea, ó por lo menos verdadera solo excepcionalmente. Nosotros cogimos, como he dicho, el 3 de junio, un potro de culan que tenia seguramente muy pocos dias de nacido.

El que haya visto alguna vez culanes en su patria ó en completa libertad, no vacilará en reconocerles grandes dotes. El observador inteligente sigue encantado sus movimientos, extasiado y maravillado al mismo tiempo, intentando explicarse la inimitable agilidad de los fugitivos animales. «El mas maravilloso espectáculo, dice Hay con mucha razon, hablando del kiang, es el de ver con cuánta presteza suben á las montañas y con cuánta habilidad corren de arriba abajo, sin tropezar nunca.» Como si quisiesen jugar con sus extraordinarias é invencibles fuerzas, los culanes que nosotros perseguíamos corrian como rayos por las colinas y por los valles de la estepa. Los caballos de nuestros kirguises casi arrastraban el vientre por el suelo, mientras que las ligeras patas de los culanes apenas tocaban la tierra, logrando estos conservarse siempre á una distancia suficiente para que nuestros tiros no pudiesen alcanzarlos. Solo el potro cayó inmediatamente en manos de nuestros kirguises, los demás culanes se burlaron de los esfuerzos de sus perseguidores. Ningun jinete los alcanza, compiten en agilidad con cualquier antilope, lo mismo que, en trepar, pueden casi compararse con las gamuzas y con las cabras monteses. Las aptitudes de sus sentidos no son inferiores á la fuerza de sus miembros; sus dotes intelectuales corresponden á las demás. Los kirguises los consideran como animales tercos y comparan con ellos la gente que no es de la opinion de los demás ó que hacen oposicion á lo que la mayoría considera útil; pero con esto se hace una injusticia á los animales. Los culanes se muestran resistentes y testarudos solo cuando se hallan cautivos. El conocimiento de sus propias fuerzas y valor, la curiosidad y el arrojo son las cualidades sobresalientes de su sér. No siendo perseguidos, marchan tranquilos y con aparente descuido, pegándose con la cola, que siempre está en movimiento, latigazos en la ingle; perseguidos, echan á correr á escape con tanta ligereza y elegancia como rapidez; pero aun en tales casos se paran á veces un rato, se colocan todos en una misma direccion, luego se ponen en lugar seguro y formando una larga hilera, emprenden de nuevo el trote tranquilamente, con la misma arrogancia y con la misma prisa que antes. Por lo regular, pero no siempre, huyen de léjos al acercárseles el hombre. Uno de estos animales, segun Hay, está siempre de centinela á unos 100 ó 200 metros de distancia del rebaño. Este centinela, cuando advierte que algun peligro amenaza, se acerca lentamente á los suyos, les da la señal de alerta, se pone á la cabeza de la tropa y huye con sus compañeros al paso ó á todo escape. El culan ahuyentado corre siempre contra el viento, y cuando está en plena fuga, levanta la cabeza y extiende su larga cola. Despues que la manada ha corrido así unos 100 pasos, se para del modo que hemos descrito, averigua el estado del peligro, vuelve á echar á escape y huye entonces mas léjos que la primera vez, hasta que por fin, repitiendo siempre el mismo juego, desaparece. A veces la manada deja que el hombre se le acerque hasta á pocos centenares de pasos, otras veces huye ya á mayor distancia. El garañon tiene que cuidar no solamente de la union, sino tambien de la seguridad de la manada y corre continuamente alrededor de la misma y da por lo regular tambien la señal de fuga. Si un miembro del rebaño observa de léjos un objeto extraño, como por ejemplo un hombre que se acerca, entonces el garañon se adelanta y á fuerza de rodeos se acerca al objeto, tanto cuanto le baste para asegurarse bien de lo que pasa. No son raras las veces que anda en línea recta hácia el cazador y en tales casos se le mata frecuentemente. En ciertas circunstan-

cias sigue por algun tiempo al jinete. «En una ocasion, observa Hay, corrieron dos kiangs largo tiempo tras un poney, contra el cual corria á caballo uno de mis criados y se acercaron á este tanto que temió verse embestido por ellos.» Un animal de esta naturaleza se salva fácilmente de las persecuciones de los grandes animales de rapiña. En las estepas de Asia occidental no se encuentran fieras que persigan á los culanes, pues los lobos, que allí habitan, no se atreven á atacar caballos salvajes sanos, porque estos saben muy bien emplear sus cascos vigorosos contra sus enemigos; á lo mas los culanes muy fatigados y enfermos que no pueden ya seguir la manada, son atacados por los lobos. En el sud y sudeste de los países habitados por el culan, quizá se presenta el tigre como su enemigo; pero como las estepas no ofrecen á este sino muy pocos sitios propios para su guardia y puesto que los culanes evitan acercarse á estos, es probable que tampoco este carniceiro les haga mucho daño. Un enemigo mas peligroso es el hombre. Los pastores nómadas del país cazan el caballo salvaje con afán, tanto mas, cuanto que este excita toda la habilidad del cazador. En las llanuras sucede á veces que uno puede acercarse á una manada hasta 500 ó 400 pasos, y descargar sobre ella un tiro; pero el efecto aun de la carabina mas excelente, queda en tales circunstancias siempre problemático, porque el culan hace muy poco caso de sus heridas. Raras veces logra el cazador acercarse hasta 500 ó 200 pasos, aun en una llanura cubierta y un poco montuosa; pues el culan con su vista de águila se apercibe en seguida del hombre, y se vuelve receloso tan luego como el cazador baja al desnivel del terreno para acercarse á tiro sin ser visto; el animal huye antes de que aquel pueda acercarse; y cuando uno por acaso lo ha logrado, es menester hacer buena puntería para matar en el acto un culan. Esto es solamente posible con un tiro en el omoplato; herido y aun con una pierna rota, se escapa el animal con la rapidez casi ordinaria; se oculta fuera de la vista del tirador y muere, sirviendo de pasto á los lobos, pero no de comida al cazador. Por eso prefieren los kirguises acechar al caballo salvaje en el sitio donde suele beber, ó ponerle lazos durante el invierno, el cual, enemigo mas peligroso de estos animales, reúne sus fuerzas á las del hombre para destruirle. Solamente en la Siberia oriental, la caza se efectúa, segun Radde, de otro modo.

» Para matar este receloso dchiggetai, dice este viajero, elige el cazador la hora del alba, y montado en su caballo amarillo claro, sube á la montaña, atravesando lentamente montes y valles y los sitios solitarios, donde las marmotas reciben el calor del sol ó donde las águilas se ciernen en el elemento aéreo; llegado á la cumbre de la montaña mira en torno hasta que descubre un punto oscuro que le indique que allí padece una manada de dchiggetais, y se pone rápidamente en marcha, siendo el camino largo, porque no puede acercárseles sino caminando contra el viento y siguiendo el valle: sube despues con la mayor prudencia la vertiente mas próxima á los animales, que permanecen allí como encantados con la vista fija en el norte, y salvando la última cuesta empieza la verdadera caza.

» Ata ó corta la crin de la cola del caballo para que no flote al viento, y lo lleva á pacer: allí cerca se echa por tierra el cazador apoyando su carabina en una horquilla.

» El dchiggetai jefe divisa el caballo: creyendo ver en él una yegua de su especie, corre á galope; al acercarse se muestra receloso y se detiene, entonces el cazador apunta al pecho; unas veces el caballo cae al primer tiro, otras se necesitan cinco ó mas para matarle. Frecuentemente son sorprendidos estos animales á pesar de su perspicacia, cuando en los dias tempestuosos pacen á la entrada de los valles.»

La caza del dchiggetai es bastante productiva; á los kirguises y tungusos les gusta mucho su carne: los primeros la consideran tan buena como la del caballo, y los últimos ven en ella un bocadito exquisito. La piel de la cruz y la de los muslos, llamada «saur» por los kirguises, se vende á los bokhariotas para la fabricacion del cordoban, pagándose con gusto dos rublos de plata por cada una; las otras partes de la piel sirven para correas y trabillas; se cree entre aquellos pueblos que la piel de la cola y los pelos de la borla tienen grandes virtudes medicinales y que sirven para curar á los otros animales, haciéndoles respirar el humo de la cola quemada.

Ultimamente se han hecho en la patria del culan varios ensayos para domesticarle, pero siempre sin éxito completo. «Varios kirguises han cogido alguna vez, segun me escribe Rusinoff, potros de culan, haciéndolos amamantar y criar por yeguas. Los salvajes se acostumbran pronto á estas nodrizas, maman con el mismo contento que si fuesen sus madres, las obedecen y no las dejan aun cuando ya tienen mayor edad; pacen libremente entre la manada doméstica y vienen con ella á la tienda, pero no inclinan su fiera cerviz al yugo del hombre, sino que conservan su independencia, y á pesar del mejor y mas bondadoso tratamiento, siguen siendo desconfiados, observándose esa desconfianza á cada momento. Mientras son jóvenes y necesitan el auxilio del hombre, dan lugar á las mejores esperanzas. El potro de culan que cogieron nuestros kirguises, era un animalito en extremo afable. Con la curiosidad de un niño miraba los caballos y los jinetes, dejándose poner sin resistencia el cabestro, tocar, acariciar, y hasta parecia aceptar estas caricias con gusto; comia lo que podíamos presentarle, bebía la leche de vaca que le procurábamos, en fin se comportaba del mismo modo que un potro doméstico de igual edad, excitando nuestro pesar por no poder cuidarlo convenientemente. Se dice que todos se muestran de la misma manera. Pero este comportamiento cambia tan luego como el animal empieza á reconocer sus fuerzas.

Dos culanes que nos mostró Rusinoff habian sido cogidos tambien pocos dias despues de nacer y criados por yeguas kirguises. El primer verano de su vida lo habian pasado con la manada de su nodriza y el primer invierno habian estado con esta sin resentirse en una cuadra fría.

Despues de muy poco tiempo empezaron á comer heno, avena seca y pan; acudían voluntariamente al llamamiento del hombre, dejándose atraer con golosinas que se les enseñaban; tambien consentian en que se les acariciase, pero no les gustaba que se les tocara en las espaldas, y nunca, desde que tuvieron bastante fuerza, sufrían que los montase un jinete, sino que coceaban y mordían, volviéndose locos de ira solo al ponerles el cabestro. Imposible fué engancharlos á un coche; cada año se volvían mas salvajes y malignos, de modo que se creyó deber cesar todos los ensayos de domesticarlos.

Pallas habla de un culan hembra que fué llevado á San Petersburgo, el cual á pesar del mal tratamiento que habia sufrido, siguió al trote á la silla correo desde Astrakan hasta Moscu (mas de 200 leguas) descansando apenas algunas noches. Despues de una pequeña permanencia en Moscu, recorrió las 100 leguas que hay desde esta ciudad hasta San Petersburgo; las caídas, golpes y hasta algunas veces el ser arrastrado por el suelo, lo enflaquecieron mucho, pero pronto recobró sus fuerzas, y aunque murió en el otoño, no fué su muerte debida al cansancio, sino al mal tratamiento y á los medios que se emplearon para curarle una peligrosa sarna de que murió. A pesar de esta dolencia recobró en parte su alegría y ligereza é hizo ver en todo su sér cualidades muy superiores á las del asno de carga. La humedad del otoño,

causa principal de su muerte, le abrió grietas en los cascos que cayeron á pedazos; se volvió muy manso y seguía como un perro á los que estaban encargados de alimentarle. Se resistía únicamente al ronزال, pero con un poco de pan se le llevaba á donde se quería.

Otras noticias debemos á Hay, el cual adquirió un culan en el Tibet menor y le llevó á Inglaterra. El animal habia sido cogido en un foso y acostumbrado á una yegua blanca. Esta quedó en el Tibet, y Hay compró un mulo para hacer compañía al culan. Pero á este no le gustó su compañero, así que no le hizo muy agradable la vida. Sin embargo le seguía; el culan no estaba completamente contento sino en compañía de un caballo y sobre todo si este era blanco. En el camino mostraba siempre la mayor repugnancia á pasar un vado, y cuando su compañero lo hacia, esperaba hasta que este habia llegado á la otra orilla, precipitándose despues sin temor él mismo en la corriente mas rápida y pasándola á nado en línea casi recta. En el camino hasta Simla habia de pasarse por el rio Biasz, corriente furiosísima á la sazón. El culan se precipitó tambien en ella, pero fué arrebatado varios centenares de metros rio abajo, saliendo en una isla donde quedó tranquilamente toda la noche y la mañana siguiente. Hay se vió obligado á hacer llevar el mulo á la isla, para apoderarse otra vez del animal. Mas tarde este cruzó con la mayor seguridad la corriente, en otro sitio, donde el agua no corría con tanta rapidez. El rio Sudlei era durante la marcha tan hondo y tan rápido, que Hay creyó conveniente hacer pasar el culan por medio de una balsa, lo que no se hizo sino con suma dificultad. En Simla se acostumbró el culan poco á poco á ver personas extrañas. A pesar de la opinion de Schlagintweit, se encontró allí durante toda la temporada de lluvia muy bien y, cuando mas tarde llegó á las llanuras, se mostró mas alegre é insolente que nunca, de modo que se necesitaban cuatro hombres para sujetarle y conducirle. Con bastante frecuencia se escapaba á sus guardianes, pero se dejaba coger otra vez fácilmente. La última parte del camino debia hacerse en una lancha preparada para este efecto; pero el sonido hueco debajo de sus piés le aterrorizó tanto, que bruscamente saltó de la embarcacion, llevándose cabestro, correas y todo. Solamente despues de cubrir el suelo de la lancha con césped se dejó sujetar, mostrando sin embargo la mayor alegría cuando sus piés tocaron otra vez la tierra firme. Esta, empero, no le agradó mucho, segun parecia, y sin duda hubiera vuelto por el mismo camino, si no le hubiese acompañado su antiguo guardian.

En el trayecto por mar hasta Inglaterra tuvo que sufrir mucho el culan. Ya el camino desde la tierra al buque era muy difícil, pues el pobre animal se asustó á causa de las grandes olas y Hay quedó muy contento cuando llegó sin contrariedad á bordo, pudiendo colocar al animal en la cuadra preparada para él. A pesar de que se habia llevado para el viaje bastante cantidad de heno, paja, alfalfa y granos, se vió pronto que estos alimentos no eran suficientes. Los granos se llenaron de gusanos, por lo cual el culan se negó mucho tiempo á comerlos. Además, los marinos tuvieron tan poco cuidado con la paja y el heno, que el animal tuvo que comer dos veces la paja de los jergones. El agua medio salobre, como era, no le gustó tampoco; sin embargo, se habia acostumbrado á todo, antes de llegar á Santa Elena, y bebía y comía todo lo que se le daba. En su cuadra se acomodó pronto y con mucha habilidad, sosteniendo á las mil maravillas el equilibrio, de modo que solo en tiempo muy malo era necesario suspenderle. Durante una tempestad, hizo todos los esfuerzos posibles para sostenerse de pié y parecia agradecido cuando le ayudaban. Poco á poco se amansó de una manera extraordinaria, conociendo á Hay al fin por la voz.

Al pasar el Ecuador, sufrió tres ó cuatro días mucho del calor, y aun cayó enfermo, pero se restableció pronto, no enfermado mas en todo el viaje, y comiendo en cuatro meses lo que se había calculado para seis. Hay encontrado el culan siempre muy sensible al buen tratamiento. Era agradecido cuando se le daba un bocado bueno y solía mostrar su contento moviendo las orejas hácia adelante. Según todas las observaciones, Hay es de opinion de que el culan no es de ningún modo indomable, como se creía antes; se acomoda, al contrario, con relativa facilidad á la superioridad del hombre. El citado naturalista recibió de los indígenas del Tibet

la noticia de que se emplea el culan para cruzamientos con las yeguas, y los mulos producidos por él son muy apreciados, no solo por sus excelentes cualidades, sino tambien por ser fecundos. En nuestros jardines zoológicos es muy raro aun el culan, si bien se ha importado en los últimos 20 años repetidas veces y propagado en cautividad, solo en Paris, 16 veces. Con éxito se ha cruzado con la cebra cuagga, la cebra comun y últimamente tambien con la yegua.

En las fábulas y cuentos de los kirguises el culan representa un papel importante; una de sus tradiciones refiere lo siguiente: «En tiempos antiguos vivió un kirguis llamado Karger-

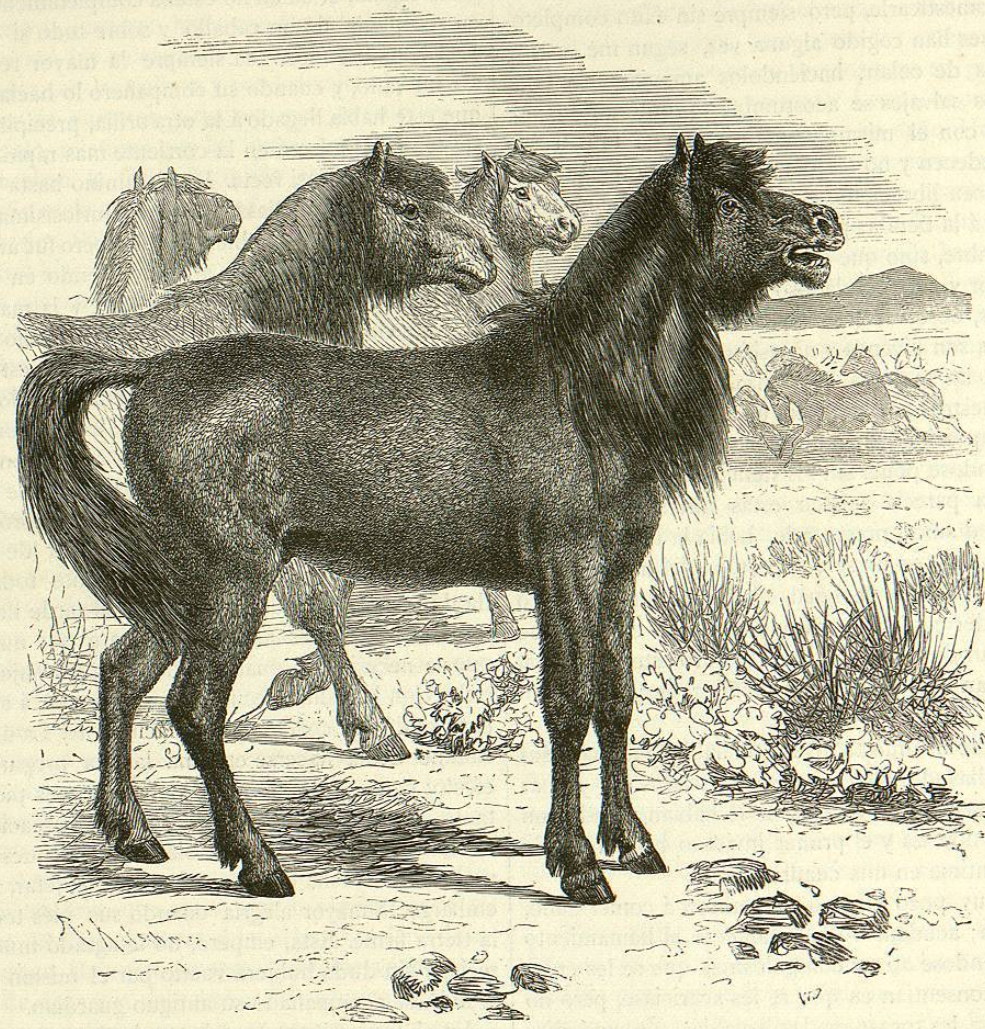


Fig. 164.—EL CABALLO TÁRTARO

Beí que era tan rico como avaro; murió al fin sin herederos. Pero su propiedad no pasó á otras manos, puesto que sus manadas se trasformaron en animales del desierto, las ovejas en antilopes y los caballos en culanes, sirviendo de ejemplo á los avaros del pueblo; desde aquel entonces las dos razas habitan la estepa.» La tradicion ve tambien por consiguiente en el caballo y el culan el mismo animal.

LOS CABALLOS DE LA CAMARGA

Estos caballos, que son de origen árabe, fueron abandonados por los moros y los sarracenos en las márgenes del Mediterráneo, en la época en que aquellos bárbaros invadieron las Galias. Su talla es de 4 piés 3 pulgadas, ó poco mas: tienen la frente cuadrada, la testera recta, la cabeza bastante fuerte, los miembros bien conformados y las cañas cortas. En el invierno es su pelo fuerte y largo y les preserva del frío (fig. 164).

Aunque estos caballos hayan degenerado mucho, particularmente desde que algunos propietarios han introducido caballos padres de razas cruzadas entre ellos, con objeto de mejorar la suya, algunos son preciosos merced á varias de sus primitivas cualidades. Están dotados de mucho vigor, son dóciles, comen poco, y tienen el paso sumamente seguro. Viven todo el año casi en completa libertad, reunidos en manadas de 30 á 40 individuos en terrenos pantanosos, donde se les abandona del todo. Allí no encuentran otro alimento sino los miserables ceñiglos, despreciados por el ganado lanar, y el rastrojo de las gramíneas, que se secan despues de fructificar. Cierto es que la primavera mejora algun tanto la miserable existencia de aquellos cuadrúpedos, pues entonces ofrecen abundante pasto los pantanos; pero este alimento no llega hasta que el invierno ha extenuado sus fuerzas, diezmandolos algunas veces.

El caballo de la Camarga no es por lo tanto producto de la industria humana: el hombre no le cuida en ninguna

época de crecimiento, y vive como puede, apareándose como en estado salvaje. Sin embargo, no pasa así toda su existencia: estos caballos pertenecen á propietarios que los marcan, y todos ellos acaban por ser cogidos, domados y utilizados para diversos usos, por mas que sean á menudo peligrosos cuando recuerdan su perdida libertad.

Los que se destinan para montar, adquieren mucho vigor si se les cuida un poco, son ardientes en la carrera y obedecen á la voluntad del jinete con una inteligencia notable. Uno de estos caballos puede recorrer fácilmente veinticinco leguas de á 4 kilómetros en una sola jornada. Los individuos de esta raza son ligeros y nerviosos; se les puede hacer franquear grandes espacios sin que el jinete se fatigue. Desde hace

algunos años existen en las cuadras de una sociedad de coches de alquiler de Paris muchos caballos de la Camarga, cuyos servicios son muy útiles.

Los propietarios emplean estos animales para los trabajos de la siembra ó los alquilan para trillar. En esta última operacion, que dura de seis á siete semanas, el caballo se ocupa en pisar las gavillas, procurando desprender el trigo de las espigas, y recorre así una distancia que se calcula en veinte leguas diarias. Estos caballos sirven tambien ventajosamente para reunir los toros salvajes que habitan los mismos sitios; los pastores, que los montan en pelo, les deben á menudo la vida, porque saben evitar con notable destreza los cuernos de los toros, furiosos algunas veces.

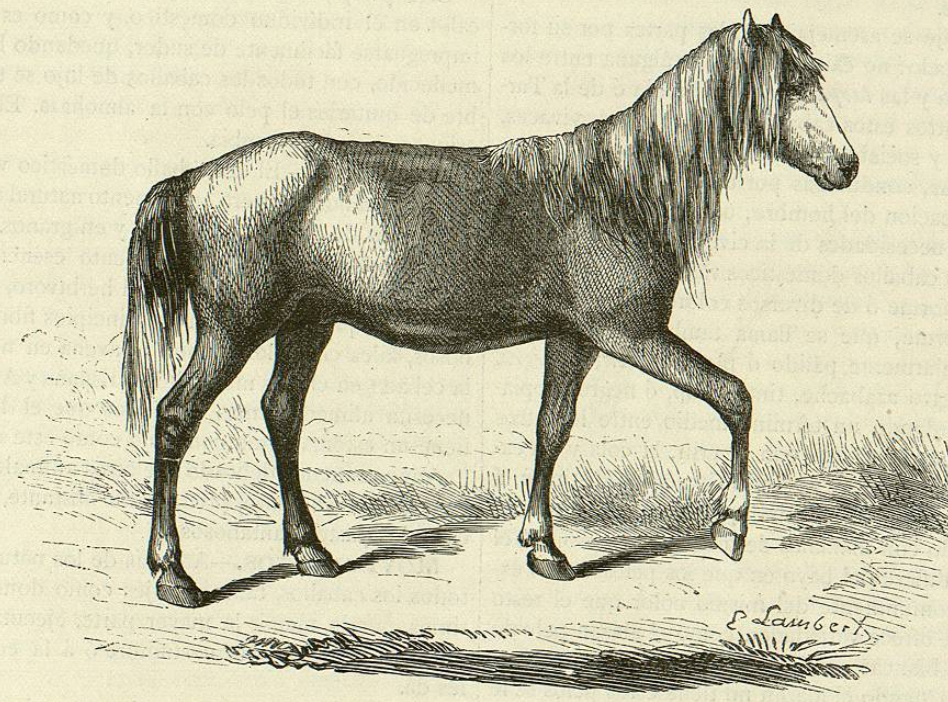


Fig. 165.—EL CABALLO DE LA CAMARGA

Pueden vivir estos cuadrúpedos unos veinticinco años: los viejos son por lo regular blancos y hay algunos grises. Al nacer los potros están cubiertos de un pelote negruzco que cae á los siete ú ocho meses; no adquieren el pelaje de sus padres hasta la edad de cinco ó seis años, época en que se comienza á utilizarlos para montar.

La Camarga (delta del Ródano) no es el único país donde viven estos caballos; en el Gard y varias localidades del Languedoc se alimentan muchos y tambien se encontraban hace algunos años, aunque en menor número, en las llanuras bajas que bordean el golfo de Frejus.

Es indudable que estas especies de piaras naturales son susceptibles de dar mas producto; pero el aumento de poblacion y el progreso del cultivo tienden á reducir cada vez mas las regiones, ya muy limitadas, donde pueden subsistir aun las razas de los caballos salvajes de Francia.

LA JACA DE SHETLAND (PONEY)

Existen unos caballos pequeños que habitan las islas septentrionales de la Gran Bretaña, y que son conocidos con el nombre de *Poneys de Shetland* (fig. 165).

CARACTERES.—«Es un animal de pequeña especie, dice Youatt, que no tiene á veces mas de 2 piés y medio de altura y no suele pasar de tres.

»Suele ser de una belleza sorprendente; tiene la cabeza

pequeña; cuello corto que se adelgaza hácia la laringe; espaldillas bajas y gruesas (lo cual no es defectuoso en un animal tan pequeño); el lomo estrecho; las ancas anchas y fuertes; las piernas finas y el pié redondeado.»

USOS, COSTUMBRES Y RÉGIMEN.—Estos caballos viven mas ó menos independientes en su patria; corren todo el año por los bosques sin que los cuiden sus propietarios, quienes no los buscan sino cuando quieren coger algunos á fin de venderlos ó utilizarlos para un uso cualquiera.

«Estos poneys, añade Youatt, tienen una notable fuerza, atendido su escaso tamaño; la menor cosa basta para engordarlos y son muy dóciles. Uno de estos animales de tres piés de alto, recorrió en un día una distancia de cuarenta millas, conduciendo á un individuo que pesaba setenta kilogramos.

»Hace algun tiempo ofrecieron á un amigo mio uno de estos bonitos animales, y como su casa distaba varias millas del sitio donde se hallaba, no sabia cómo llevarse. «¿Por qué no le poneis en vuestro coche?» le preguntaron: la proposicion le pareció extraña, pero se hizo la prueba; el poney fué colocado en el fondo del cabriolé y se le cubrió lo mejor posible con la cortina. Luego le ofrecieron un pedazo de pan para que se estuviese quieto, y se le condujo sin novedad, dándose el curioso espectáculo de un caballo metido en un cabriolé.»